ETERNUM

Agaes

Image not found.

Capítulo 1

ETERNUMNecesitaba unas vacaciones.
Si dejo pasar este 2015, me dije, seguro que terminaré olvidándome del significado de esa palabra, pero si llego a saber lo que aquéllas me tenían reservado, seguramente me lo habría pensado un par de veces, a fin de cuentas, tampoco estaba tan harto de escribir artículos de ochenta a ciento veinte líneas en las columnas sensacionalistas.
Sí. A eso me dedico. Soy periodista colaborador, ahora me encuentro sentado en un banco del Puerto St. Charles Marina de Barbados sin saber muy bien qué tengo que hacer para regresar. Se preguntarán por qué, me imagino. El motivo no es exactamente… cómo decirlo, un problema geográfico.
De hecho, no sé "cuándo" estoy.
Así que, mientras se me ocurre algo, les iré contando la historia que acaparó por completo la esencia de mi periodo de descanso.
Me convencieron en la redacción de coger un crucero de ensueño, navegando por las aguas turquesa del Caribe, tan transparentes y limpias como plagadas de tiburones, de playas tan bellas como numerosos los relatos de piratas que enrojecían las arenas de su historia con la sangre de sus víctimas. La cosa sonaba bien. Tenía su salida prevista para el martes a las quince horas.
Me bañé en el mar Caribe cerca de Santo domingo e hice innumerables fotos al Volcán Soufrière de Santa Lucía. Decidí no visitar Barbados pues no me convenció mucho a pesar de que casi todos los viajeros hablaban exquisiteces de la isla y de su azúcar de ron. Contaba ya el tercer día del crucero caribeño y en esa noche me voy a detener.
Habían invitado a subir al crucero a un montón de nativos para deleitarnos con sus artes y costumbres. Se montó un espectáculo de proporciones descomunales en el salón central del crucero. Luces de colores saltando de un lado para otro, ríos interminables de cerveza, cócteles inagotables, y mucha, mucha diversión. Sinceramente, si los nativos lo hicieron bien o no, la verdad es que no me acuerdo; tal vez se debió a la cantidad de ron que debí ingerir, pues sólo me vienen a la cabeza los cánticos estridentes de todos los pasajeros gritando al unísono, y como resultó que cada vez me dolía más la cabeza a causa del estrepitoso jaleo y el alcohol que se agitaba en mi sesera porque ya no le quedaba espacio en el gaznate, decidí salir al exterior y despejarme. Lo que no sabía, era que ahí fuera también se había montado otro espectáculo, pero nada tenía que ver con el de los ukeleles y las guirnaldas de colores vivos.
Una tormenta como jamás había presenciado golpeaba implacablemente el suelo metálico de la cubierta con el agua que venía de las nubes más negras □1ue la noche misma. La lluvia danzaba al ritmo de los cánticos de los isleños y de las olas que rugían cada vez más enfurecidas, porque en el poco rato que llevaba fuera medio tambaleándome por la embriaguez, ya había contado tres de ellas divisando su cresta apuntando varios metros hacia arriba. Consternado y, por qué no decirlo, asustado, regresé

al interior, pero me encontré para mi desdicha que la puerta se había atascado y no podía abrirse.
Golpeé una, dos y hasta diez veces el condenado mango pero nadie podía escucharme, tal vez, a causa del ruido ensordecedor de los truenos y relámpagos que removían la tempestad, o del jaleo de los timbales y las congas animando a las masas para atreverse con una lambada o una sensual salsa afrolatina. Les parecerá extraño, per me encontraba "atrapado en el exterior" del enorme barco, amenazado su equilibrio por el horrible temporal el cual, si bien ya me había informado del caprichoso clima que embravecía las aguas dominadas antaño por los piratas, me temía ciertamente sobrecogido. Nadie me iba a abrir la puerta atascada y sólo yo, con mis constantes hipos destilando ron caribeño, se ponía empapado perdido. Las cortinas de agua con que la lluvia inundaba todo a su paso apenas dejaban ver más allá de unos pocos metros, y sólo cuando estallaba un rayo, su luz me permitía presenciar las cada vez más gigantescas olas que parecían apostar quién sería la primera en poner el crucero en un serio aprieto.
Fue en ese preciso instante, cuando el brillo cegador de un relámpago me advirtió de que no estaba solo en la cubierta.
Entre la neblina, y tras los ríos de agua que mis manos apartaron de mis ojos como buenamente podían, acerté a distinguir cuatro personas. Entrecerré la vista todo lo posible para enfocarles y comprobé que se trataba de una pareja de adultos con dos niños, tal vez una familia. Lo que no entendía era qué hacían ahí, en medio de un temporal tan rebelde como peligroso, tan próximos al borde que cualquier golpe de las olas haría tambalear al barco lo suficiente como para mandarlos de cabeza al agua. Aún atontado por el alcohol, me atreví a salir un poco, sin dejar de agarrarme a las barras de sujeción, y me fijé en sus rostros entristecidos, llenos de pena y marcados por un sufrimiento que me estremeció con una frialdad más escalofriante de la que el agua de lluvia provocaba sobre mis huesos calados. Como ajenos al torrencial, el tono de la piel parecía perdido calidez, como si de una antigua estampa se tratasen. El hombre levantó el brazo y me miró con ojos desorbitados.
—Debimos hacerle caso.
Un reportero como yo, curtido de conocimientos tan dispares como diversos, sabe varias formas de eliminar una tajada como la que llevaba encima entonces, pero les puedo asegurar que ninguna me había inspirado tanta □2ficacia como las palabras carentes de tono y énfasis de aquel tipo. Aquella familia parecía conocerme y yo no podía recordar haberles visto en mi vida.
—¿C-como dice? —pregunté, con mis labios temblequeando.
—Debimos seguir su consejo…Mi corazón comenzó a latir con mayor intensidad y estaba terriblemente acongojado. Ahí estaban los cuatro; hombre, mujer, niña y niño, el cual no despegaba sus ojos de una revista mojada, tal vez un cómic, ignorando la tempestad que estaba a punto de tragárselos como si nada, y yo temblando de miedo, de frío y de un centenar de cosas que ni me atrevo a decirles.
—¿Qué consejo? —pregunté.

Entonces, los cuatro señalaron a la vez las turbulentas aguas.
—¿Se refieren a la tormenta? ¿Quieren hacer el favor de apartarse de ahí, no ven que es peligroso? —exclamé, más nervioso por contemplar cómo provocaban irresponsablemente al traicionero poder de la naturaleza, que por sus extrañas palabras.
—No debimos subir al Eternum —prosiguió el hombre, con su tono metálico, y siseante—. Lo llamaron el barco que dominaba las aguas y fue vendida su magnificencia de tal manera, que la reforzaron de orgullo y vanidad en lugar de priorizar la seguridad de sus navegantes.
"A pesar de sus advertencias, hicimos oídos sordos y subimos. Pero el mando del barco, sobrestimando sus posibilidades, desatendió inconscientemente las advertencias con las que los pronósticos del tiempo auguraban una tempestad tan furiosa como nunca se había visto, por lo que terminó chocando contra las piedras afiladas de los arrecifes con los que la astuta borrasca engañó a la tripulación, quebrándose el casco por donde las salvajes aguas penetraron sin apenas resistencia, y hundieron al Eternum que, con la inspiración de su nombre al frente, se atrevió a menospreciar la fuerza de un océano agitado por la tormenta, sumergidodose en el abismo para no volver a salir. Nadie se salvó y nadie se explicó cómo pudo cometerse tal cadena de errores e infortunios que se llevó la vida de miles de personas inocentes, y confiadas".
—¿Que yo les adver…? Miren, no conozco ningún barco llamado Eternum —respondí atónito, cuando advertí que aquella historia había concluido—, ni mi oficio que me obliga a estar al corriente de la actualidad sabe de ningún hundimiento.
La mujer que hasta entonces había mantenido un silencio prudencial, se adelantó y me ofreció algo que llevaba en la mano.
—Queremos devolverle su regalo, tal vez en sus manos se encuentre la llave de nuestra salvación.
—¿Regalo? ¿Salvación? —balbuceé, pasmado.
□3avanzó más; parecía esperar a que me acercara, y yo, agarrado como un pulpo a los barrotes, esperaba a que se diese cuenta de que la idea de salir ahí fuera no me convencía en absoluto.
—Escuche nuestro consejo, y nos salvará.
De nuevo señalaron juntos hacia las olas enormes, tan grandes que eran capaces de esconder los relámpagos tras ellas.
—No tenga miedo, no luche contra sus intenciones, pues las apariencias a menudo nublan el sentido de nuestros ojos. El norte, no lo olvide, el norte —insistió y a ella, se le unió el esposo, y los niños—, ¡vaya siempre al norte!Una cosa había clara: la mujer no iba a acercarse a darme lo que fuera que guardase en su mano.
—¡El norte, vaya al norte! —repitieron y repitieron, y cuanto más lo hacían, más se enfurecía la tempestad. Tremendamente preocupado, y olvidado por completo que la borrachera dominaba mi mente, comencé a salir. Solté un brazo de los barrotes y estiré el otro, pero no fue suficiente.
—¡El norte, el norte, el norte!Me maldije a mí mismo por no haberme quedado cogiendo la más grande en el salón principal del barco. Tanteé los barrotes con la mano, sin éxito. No alcanzaba la mano de la mujer. Un

trueno rugió más cerca que nunca y una ola luego se desbordó por la cubierta, cubriendo momentáneamente pies y rodillas.
—¡El norte, vaya al norte, al norte!Solté un bufido y solté la mano.
Con un brinco que se parecía más un respingo, agarré el objeto que la mujer escondía.
Era una brújula.
Entonces, otra ola gigantesca, que penetró por mi lado más desprotegido, embistió violentamente contra el suelo, cogiéndome por sorpresa, perdí el equilibro y resbalé sin control hacia el borde. Comencé a rodar hasta impactar con un salvavidas enganchado a los salientes que el barco tenía distribuidos a lo largo de la cubierta. Con mucho esfuerzo, me colé por el hueco del salvavidas, o quizás fue el salvavidas quien realmente se había salido del saliente e inmovilizó mis brazos. Fuera como fuera, caí al agua.
No recuerdo bien qué sucedió después. Minúsculos fragmentos diseminados por mi memoria beoda evocaban cómo trataba desesperadamente de mantenerme a flote, después de ser engullido una y otra vez por las fuertes corrientes marinas empañadas en eliminar a un reportero empachado de agua, dentro de un rosco de corcho que cada vez parecía flotar menos. Miré una vez y vi mi barco delante, con la popa levantada, más de la cuenta. Las aguas me cubrieron y al emerger me lo encontré detrás mío, sacudiéndose de un lado para otro al son de las olas, empeñadas en volcarlo, y de nuevo emergiendo lo vi otra vez delante, pero cada vez más lejano, más inmerso en 4as aguas, más sordo a mis voces agónicas, ineficaces e inútiles, pues no podía divisar a nadie que se hubiese cerciorado de aquella desastrosa situación. Todos estaban en el salón. Todos estaban cantando y bailando, y los que no bailaban con la música lo hacían a ritmo de ron y cerveza, como yo antes, ajenos a lo que la tremenda tormenta les iba a deparar, cada vez con menos tiempo para reaccionar y salir de aquella ratonera en busca de los botes… hasta que fue demasiado tarde. Lo que no hicieron antes con tiempo, ahora lo hacían con gritos de terror y pánico, una vez que vieron asomarse las olas que echaban abajo ventanas y puertas, la atascada incluida, llenándose el salón a una velocidad vertiginosa con todo el mundo allí dentro, corriendo desesperadamente hacia las salidas interiores, sin importarles siquiera a los que empujaban o pisoteaban para salvar sus vidas, mientras se ambientaban con una música que ya no servía para mover el esqueleto, sino para deleitar a las almas de aquéllos cuyos pulmones ya se iban inundando mortalmente.
¿Y qué había sido de aquella condenada familia, esa mujer, responsable de que terminara cayendo por descuidar mi seguridad? Tampoco parecieron hacer algo al respecto. Seguramente, ya habrían perecido, al igual que todos los que comenzaron a sospechar, tarde, que los vaivenes del barco no se producían por el capricho de divertirlos, y fue entonces cuando los ecos de la incesante lluvia rebotaron sobre mi cabeza, devolviendo así sus versos, que tantas veces había escuchado sin hacerles el más mínimo caso.
“No tenga miedo, no luche contra sus intenciones, pues las apariencias a

menudo nublan el sentido de nuestros ojos. El norte, el norte, ¡vaya siempre al norte!”.
Apoyé el brazo sobre el corcho en cuya mano aún sostenía la brújula y me fijé en la dirección hacia donde apuntaba la flecha magnética. Sorprendido, advertí que señalaba hacia las mismas olas enormes, lo que precisamente pretendía la mujer y su familia. Entonces, dejé de preocuparme por nadar en contra de olas, lluvia, corrientes y rayos, y moví los brazos como si fueran remos, sin parar un solo segundo, sin detenerme un instante, aunque la cuesta con que las olas frenaban mi movimiento se tornara tan empinada que necesitara gatear por ellas. Tragaba tanta agua que parecía salirse por todos los orificios de mi cuerpo, pero no desistí en mi empeño. Seguí la flecha de la brújula mientras me enfrentaba a las olas, una y otra vez, sin interrupciones, sin descanso. Temí por momentos que ya no hubiera nada que hacer pues el esfuerzo agarrotaba mis brazos cada vez más, así que me aferré a mi último aliento; no tenía ninguna intención por averiguar si el sabor de la muerte era tan salado como las aguas de ese mar rabioso y enfurecido.
□5cmás puedo decir de mis andanzas marinas, salvo que me sentía sumergirme, alejándome cada vez más de los relámpagos que rebotaban en las aguas como si fueran destellos de luz blanquecina, acompañado por el triste lamento de los pasajeros ahogados de mi barco, ya perdido en las profundidades. Las últimas burbujas de oxígeno se distanciaban cada vez más unas de otras, cada vez más dispares… Cerré los ojos.
Y nada más al respecto. Desperté dentro de una pequeña embarcación, en medio de un deslumbrante sol con el que parecía haberse finiquitado la terrible tempestad. La patrulla marina me dijo que me había encontrado flotando en el ojo de una tormenta descomunal, y sólo con la excusa de un milagro pudieron explicarse que siguiera vivito y coleando.
Pero lo más sorprendente de todo, es que a pesar de decirles una y otra vez que era el único superviviente de un crucero que la tormenta había hundido mar adentro, nadie creyó mis palabras.
—No sabemos de qué crucero está usted hablando, señor —concluyó uno de los agentes—, hemos llamado al puerto y, a excepción de uno que tiene prevista su salida en el Puerto St. Charles Marina, no hay constancia de la presencia de ningún navío cerca de estas aguas.
—¿Que tiene prevista…? ¡No! ¡Salió hace tres días, tienen que escucharme!Trataron de convencerme de que estaba sufriendo alucinaciones a causa, probablemente, del tiempo que habría estado inconsciente, yendo a la deriva en el agua. No tuve más remedio que desistir, y esperar a mi regreso para aclarar las cosas.
Tras recuperarme y tomarme declaración, me llevaron al Puerto St. Charles Marina, al norte de donde me encontraron, en la Isla de Barbados. Por cierto, nunca me hubiera imaginado el vetusto aspecto que reflejaba el puerto, como si hubiese sido construido muchos años atrás. Había cosas que no encajaban. Rectificaré: nada encajaba. Sin embargo, más allá de los garabatos que estoy escribiendo, aún no me encontraba lo suficientemente lúcido como para investigar en profundidad todas las incoherencias que me habían seguido desde que la patrulla me hubo

rescatado. Si no había constancia alguna del hundimiento de mi barco, podría deberse a un retardo en el servicio de comunicaciones portuarias, por lo que todo se reducía a una cuestión de tiempo, y sinceramente, no creo que el hecho de que el Puerto St. Charles Marina se parezca más al desembarcadero de una película de los años cincuenta sea una cuestión interesante como para ganar el Pulitzer.
Al menos, escribir me mantendría distraído, mientras aguardo al autocar que me lleve al aeropuerto. Con suerte, llegará antes de mi próximo dolor de cabeza…Me fijé en la brújula que aún llevaba guardada y al hacerlo, un altavoz dio un aviso.
□6ra los viajeros con pasaje para el Eternum, les informamos que el pronóstico meteorológico anuncia una borrasca en la zona, procedente del norte, por lo que el capitán ha ordenado un retraso prudencial en su salida, prevista para hoy martes a las quince horas. No obstante, para todo el que lo desee, puede subir al barco e instalarse en sus camarotes.
Fruncí el ceño.
Eternum…
—¿Qué os parece, niños?Me sobresalté y advertí que había una mujer sentada a mi lado. Tenía la sensación de haberla visto en alguna parte. Le hablaba a una niña que debía ser su hija, al igual que el niño sentado al lado de ella, pegados sus ojos a un tebeo. Sus formas de vestir, al igual que el muelle, también parecían de otro mundo pasado. La mujer me miró y me dedicó una sonrisa.
—¿Qué tal, caballero? ¿También tiene usted billete para el barco que domina las aguas?No respondí, mi boca estaba demasiado abierta como para formular una sola palabra.
—Dispense, señora, hoy es martes, ¿no?
—En efecto, caballero.
—Martes… del 2015, ¿verdad?La mujer soltó un respingo.
—¿Es una broma, caballero? —entonces, comenzó a reír— ¡Aún queda más de medio siglo para el nuevo milenio! ¿Pretende decirme que viene del futuro o qué?Un hombre se acercó con una sonrisa de oreja a oreja.
—¡Vamos todos, ya podemos subir!La mujer me volvió a sonreír con picardía y la familia se encaminó hacia la cola de viajeros.
Sin tiempo para asimilar todo lo que estaba sucediendo, me levanté súbitamente y corrí tras ellos.
—¡No suban al barco, no suban al barco!
—Disculpe, caballero —me dijo de nuevo la mujer—, ¿cómo dice?
—Por favor, se lo ruego. No suban. Este barco se va a hundir.
La mujer me miró estupefacta y su esposo se echó a reír.
—¿Pero qué está diciendo? ¿Acaso no ha oído hablar del Eternum? Lo llaman el barco que domina las aguas porque es indestructible, ¿de dónde saca usted semejante tontería? ¡Vamos, niños, preparad los billetes!Me quedé pasmado, contemplando cómo ascendían por las escaleras, en dirección hacia sus camarotes.
Aún no puedo encontrar explicación posible a mi reacción, pero sentí que mi destino guardaba una macabra relación con aquellos extraños acontecimientos en los que me hallaba inmerso, por lo que, movido por el

□7flejde mi mente avispada, me precipité hacia las escaleras, abriéndome paso a empujones entre los viajeros, molestos por mi brusquedad.
—¡Señora, escúcheme, señora! —llamé de nuevo a la mujer, el último miembro de la familia.
Ésta se dio la vuelta, con el rostro enrarecido.
—Tenga, por favor, llévesela —le puse la brújula en la mano y se la cerré con fuerza. Los pasajeros que había dejado detrás comenzaron a ponerse nerviosos y a gritarme para que me largara de allí. Entonces la miré fijamente a los ojos.
—Al norte, vayan al norte.
□8